
La visión marista requiere un enfoque amplio

“No ofrecemos sugerencias finales para la acción, y no podemos hacerlo, porque nuestro actuar debe incluir siempre el aprendizaje, abierto al encuentro con los demás y abierto a las verdades que aprendemos de la Tierra y de Dios”

(Comité Católico de los Apalaches, 2015)

Brian Poulin, fms
Provincia de los Estados Unidos
Responsable de Pastoral Vocacional



Todavía no había conocido a ningún hermano marista cuando empecé mi discernimiento sobre si convertirme en uno de ellos. Yo era simplemente un laico americano que vivía en el extranjero, que estaba en proceso de volver a la fe católica de mi infancia, que ya se sentía atraído por las experiencias interculturales, y que estaba apasionado por el trabajo de la educación. También tenía ya un corazón para los pobres y curiosidad por una posible llamada a la vida religiosa. Cuando conocí a los Hermanos Maristas por Internet, esta apertura se convirtió en un auténtico entusiasmo, que no hizo más que crecer con el tiempo. Después de una correspondencia inicial y de conversaciones telefónicas con el director de vocaciones, sólo tuve ocasión de visitar a los maristas dos veces antes de llegar por tercera vez para comenzar el postulante en septiembre de 2008. Desde que entré en la Provincia de EE.UU., he trabajado como profesor y ministro del campus, y actualmente soy director de vocaciones. Hice mis votos perpetuos en 2016.

Fue durante mi tiempo de discernimiento inicial cuando leí por primera vez Agua de la roca, e inmediatamente percibí que el enfoque marista del discipulado presentaba una manera genuina de leer y vivir el Evangelio, que tenía un sentido intuitivo para mí. La continua exploración del carisma que hemos recibido por parte de nuestro Instituto sigue atrayéndome, a medida que avanzamos en nuestro descubrimiento de lo que significa ser maristas juntos en este mundo.

El reciente énfasis de nuestro Instituto en el liderazgo de servicio nos pide que aumentemos nuestra conciencia de las formas en que muchos de nosotros somos líderes, independien-



temente de nuestro lugar en cualquier organigrama. Nuestras opciones y actitudes influyen en los demás, aunque no lo pretendamos. Como escribía el Padre Champagnat en su carta al Hno. Barthélemy, a propósito de los alumnos a su cargo: “Toda su vida será el eco de lo que usted les habrá enseñado” (nº 19). Los educadores, mentores, guías y compañeros de todo tipo, saben bien que enseñamos mucho más con nuestro ejemplo, bueno o malo, que con cualquier mera impartición de conocimientos.

El mandato dado a todos los maristas por el P. Champagnat de amar a Jesús y darlo a conocer y hacer que sea amado nos exige, en primer lugar, crecer en nuestra capacidad de reconocer su presencia en quienes nos rodean y atender mejor a esa presencia de Cristo reflejada en tantos rostros humanos. Decir que ésta es toda la finalidad de nuestro Instituto marista no subordina las obras sociales al catecismo, sino que nos recuerda que debemos liderar con amor, sea cual sea nuestra ocupación. Como a muchos maristas, me impresionó profundamente la intuición del P. Champagnat de que “para enseñar a los niños, primero hay que amarlos y amarlos a todos por igual”. Sin embargo, en los últimos años he llegado a creer que si Champagnat se hubiere dedicado a la sanidad, habría dicho lo mismo sobre el trato a los pacientes, y si hubiera sido agricultor, habría dicho lo mismo sobre el cultivo de alimentos. Hacer cualquier cosa digna de una manera verdaderamente cristiana requiere que abordemos nuestras tareas de una manera amorosa; al prestar un servicio amoroso a los demás, se nos invita a ver cómo estamos sirviendo a Cristo. Como maristas, aprendemos de María cómo hacerlo.

María nos enseña a comenzar con un corazón que escucha. Incluso antes de ser Hermano Marista, aprendí que si escuchaba a mis alumnos fuera de clase, era más probable que me escucharan ellos en clase. En mi pastoral vocacional, prefiero empezar una conversación inicial con un

interesado invitándole a que me cuente su historia en sus propios términos, antes que dirigirme a él con una lista de preguntas concretas o un discurso sobre el Instituto y el carisma maristas. Hay información que eventualmente tendré que reunir y compartir, pero antes debo hacer todo lo posible por reconocerle en su persona. Si estoy representando a nuestra familia marista ante él, debo responderle como lo haría María.

María también nos enseña cómo responder a los desafíos confusos. Aunque siempre me sentí atraído por la pastoral vocacional, cuando me ofrecieron formalmente esta responsabilidad, sentí que se me ofrecía una oportunidad maravillosa, pero en el momento equivocado. Como María, compartí mis aprensiones con mi Provincial y otras personas que me ayudaron a discernir. Sin embargo, cuando mis propias dudas fueron insuficientes para disuadir a los que confiaban en mí, finalmente dije “sí”, sabiendo que todo es posible con Dios.

Ciertamente, María de la Visitación, María en Caná y María al pie de la Cruz nos enseñan diferentes maneras de responder a las necesidades del pueblo de Dios. El ejemplo de María también nos ayuda a encontrar nuestro lugar en la comunidad, tanto en Caná, donde se nos desafía a responder a necesidades humanas ajenas a nuestra misión estrechamente definida, como en el Cenáculo, donde reunidos nos abrimos a la irrupción del Espíritu Santo. Ella no tenía que aprobar o entender las decisiones de una persona para amarla de verdad, como subraya su lucha por comprender las peligrosas decisiones ministeriales de Jesús. ¿No nos plantean cada uno de estos ejemplos bíblicos desafíos convincentes sobre las implicaciones de la presencia marista?

Sin embargo, para una persona que tuvo un impacto tan increíble, la mayor parte de la actividad de María fue demasiado insignificante para ser registrada. Era la María que cambiaba pañales, contaba cuentos antes de dormir, limpiaba, cocinaba y encontraba formas sencillas y creativas de economizar en un hogar modesto. Sus mayores contribuciones nunca habrían aparecido en una evaluación de rendimiento o en un informe de impacto, y sin embargo las conocemos por sus frutos.

He aprendido que centrarse exclusivamente en un objetivo determinado –en mi caso, la pastoral vocacional–, puede ser perjudicial para



su consecución real. Por ejemplo, para construir la confianza necesaria con los jóvenes, tengo que anteponer su dignidad a cualquier agenda que yo pueda tener; tengo que dedicar tiempo a quienes sé que no están llamados a nuestra vida y, también, tengo que anteponer los frutos de un auténtico discernimiento a mis propias preferencias. Esta me parece una distinción clave entre el ministerio y un mero trabajo: Aunque todos tenemos nuestros procesos y estrategias, dejamos espacio para el movimiento del Espíritu actuante en nosotros. Planificamos responsablemente para obtener resultados deseables, reconociendo al mismo tiempo que Dios tiene el control en última instancia. Nuestro proyecto marista seguirá floreciendo mientras sirvamos a los propósitos de Cristo y no a los nuestros.



Tenemos mucho que celebrar como maristas. No sólo tenemos un rico patrimonio y muchos logros, sino que, lo que es más importante, tenemos una espiritualidad que nos recuerda no sólo reverenciar sino también disfrutar de la presencia de Dios entre nosotros. Que recordemos siempre la naturaleza sagrada tanto de nuestra misión como de nuestra comunidad, tanto de nuestro trabajo común como de nuestro recreo juntos. Como servidores los unos de los otros, así como de aquellos que nos han sido confiados, guiémonos unos a otros cada vez más cerca del corazón de Jesús.



Las opiniones expresadas en este documento son las del autor y no reflejan necesariamente los puntos de vista del Instituto Marista.

Si quieres compartir con la Comisión tus ideas, reflexiones o experiencias sobre el liderazgo de servicio y profético a raíz de estas reflexiones, escribe a fms.cimm@fms.it